

TUCUMÁN: ETNOHISTORIA DE UN TOPÓNIMO ANDINO

MARGARITA E. GENTILE
margagentile@yahoo.com.ar
Museo de La Plata - CONICET
Argentina

Resumen:

Uno de los temas que interesan tanto a la Historia cuanto al Folklore y a la Geografía Humana se refiere al origen, la distribución de los nombres de lugares y su correspondencia con determinados accidentes geográficos. Los topónimos a veces hacen referencia a algún episodio local que se olvida o se transforma con el tiempo, pero, en general, las razones para nombrar un sitio de determinada manera siempre fueron muy claras para sus usuarios, sobre todo en épocas en que los viajeros necesitaban abastecerse de agua, madera, etcétera, en tramos cortos de camino.

El topónimo "Tucumán", junto con otros similares, tiene amplia dispersión andina, y sólo corresponde a sitios feraces y a la divinidad prehispánica protectora de los mismos.

Palabras clave: Tucumán, diaguitas, toponimia, Etnohistoria, alimentos.

Abstract:

One of the subjects that is interesting for human History, Folklore and Geography is the origin, distribution of places names and their correspondence with certain geographic accidents. Sometimes, the place names make reference to any local episode that is forgotten or changes with the course of time. Nevertheless, in general, the reasons to name a place in a certain way were always very clear for its users, especially in periods in which travelers needed to provide themselves with water, wood, etcetera, in short stretches of track.

The place name Tucumán and similar ones have a broad Andean dispersion. It only corresponds to fertile sites and to the pre Hispanic divinity protecting them.

Key words: Tucumán, the diaguitas, place name, Ethnohistory, food.

INTRODUCCIÓN

En un largo artículo¹, Juan A. Carrizo repasó los trabajos sobre toponimia hasta los años '40 del siglo XX y dedicó buen espacio a criticar el método de interpretación seguido por Luis F. Deletang², quien sostenía que una corriente idiomática procedente del Yucatán había llegado hasta las pampas pobladas por los araucanos. Carrizo proponía, en cambio, estudiar la historia regional y a partir de ella interpretar los topónimos; pero la toponimia de nuestro país sufría cambios que Alberto Vúletin³ enumeró en una conferencia, sin demasiada repercusión porque, años después, Olga Fernández Latour de Botas debió explicar nuevamente la importancia de la Historia en los estudios de Folklore, dentro de los cuales se suelen ubicar los de la toponimia⁴.

En lo que sigue, nos referiremos al origen de uno de los nombres de lugar más difundido en el área andina argentina donde, además de pequeños sitios, toda una gobernación se llamó "de Tucumán", es decir que se trata de un término denotativo. En otras palabras, el significado otorgado por el común de los hablantes a dicho término, en este caso "Tucumán", surgió como resultado del consenso de todos ellos con respecto a su uso; y para que esto sucediera, Tucumán debía significar lo mismo tanto para los indios cuanto para los españoles y mestizos. Luego, el uso y la costumbre hicieron el resto, pero aquí nos interesa el principio de ambas y, en ese sentido, nos llamó la atención la variopinta colección de traducciones que mereció. Veamos a los principales autores.

ETIMOLOGÍAS

Tucumán es hoy día una provincia conocida como "el jardín de la República" por la feracidad de sus tierras. Durante la Colonia, abarcó un área mucho mayor que la actual y sus productos abastecían a los centros mineros

¹ JUAN A. CARRIZO, "Folklore y Toponimia", en *Historia de la Nación Argentina* IV, capítulo 5, Junta de Historia y Numismática, Buenos Aires, 1941-1942.

² LUIS F. DELETANG, *II Contribución al estudio de nuestra toponimia. Misceláneas topográficas*, Instituto de Investigaciones Históricas, Facultad de Filosofía y Letras, LVIII, UBA, 1931.

³ ALBERTO VÚLETIN, "Factores negativos en la toponimia argentina", en *Publicaciones de la Sociedad Argentina de Americanistas* 1, Buenos Aires, 1948.

⁴ OLGA FERNÁNDEZ LATOUR DE BOTAS, "El futuro del Folklore como pasado presente", en *Investigaciones y Ensayos* 46, Academia Nacional de la Historia, Buenos Aires, 1996.

del virreinato; antes, Huayna Capac había colonizado la región al sostener una intensa actividad agropecuaria con la correspondiente infraestructura vial, centros administrativos y religiosos, además de alianzas con curacas locales mediante capacochas; si bien Topa Inga Yupanqui había conquistado la región para el Tahuantinsuyu, hay noticias de que ya en tiempos de Pachacutec se transfirieron poblaciones hacia la actual provincia de Mendoza⁵. La historia regional es rica en sucesos.

El Inca Garcilaso de la Vega difundió un relato acerca de los embajadores de Tucma –“que los españoles llaman Tucumán”–, quienes ofrecieron al inca Viracocha, cuando éste estaba en la provincia Charca

mucha ropa de algodón, mucha miel muy buena, zara y otras mieses y legumbres de aquella tierra. No trajeron oro ni plata, porque no la tenían los indios, ni hasta ahora, por mucha que ha sido la diligencia de los que la han buscado⁶.

Aunque como topónimo Tucumán figuraba corrientemente en crónicas y documentos desde la Conquista, ni Domingo de Santo Tomás ni el Anónimo de 1586 o Ludovico Bertonio anotaron nada acerca de esa voz; unos cincuenta años después de la primera entrada, a principios del siglo XVII, González Holguín decía: “Tukman. Vna prouincia deste reyno”⁷.

Este nombre de lugar conoció tres etapas en cuanto a interés: entre la conquista y colonización españolas fue solamente un topónimo; en el siglo XVIII, algunos explicaron, además, cuál era el origen y significado del mismo; a partir del siglo XIX, la etimología fue parte del quehacer de los estudiosos

⁵ MARGARITA E. GENTILE, “La conquista incaica de la puna de Jujuy - Notas a la crónica de Juan de Betanzos”, en *Xama*, números 4-5, 1991-1992. (Hay publicaciones de otros autores sobre el tema.)

⁶ INCA GARCILASO DE LA VEGA, *Comentarios Reales de los Incas* I, 2 tomos, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1985 [1609], p. 265.

⁷ DOMINGO DE SANTO TOMÁS, *Léxico y vocabulario de la lengua general del Perú*, Lima, Instituto de Historia de la Facultad de Letras, Universidad Nacional Mayor de San Marcos, 1951 [1560]; ANÓNIMO, *Vocabulario y phrasis en la lengua general de los indios del Perú llamada quichua y en la lengua española*, Lima, Universidad Nacional Mayor de San Marcos, 1951 [1586]; LUDOVICO BERTONIO, *Vocabulario de la lengua aymara compuesta por el padre...* (Publicado de nuevo por Julio Platzman), Leipzig, 1879 [1612]; DIEGO GONZÁLEZ HOLGUÍN, *Vocabulario de la lengua general de todo el Perú*, Lima, Instituto de Etnología, Universidad Nacional Mayor de San Marcos, 1952 [1608], p. 345.

de las historias locales quienes, tras seguir un criterio común en la época, dividían las palabras en sílabas como si fuesen latinas, las traducían por partes y sumaban los resultados. Este método, ajeno a la morfología y la sintaxis⁸ de las lenguas indígenas, dio por resultado una cantidad importante de interpretaciones imprecisas.

El padre Pedro Lozano, retomando una explicación que databa de los primeros días de la conquista hispana del área andina argentina, decía que “Tucma” había sido el nombre de un cacique y por él se había nombrado su territorio. Samuel Lafone Quevedo lo siguió en esto, pero agregó que “Tucman” quería decir, en araucano, “diestro o de suerte en Tuc”, obviando el significado de “tuc”; en cuanto a la derivación quechua, opinaba que podría ser un caso de desinencia cacana, la lengua de los diaguitas, en raíz quechua⁹.

Según Rómulo Cúneo Vidal, de la corrupción del quechua Hattun-Tucuman había resultado Battun-Tacama, que por fin había quedado “Atacama”; además, según él, la administración incaica terminaba en la región del río Loa¹⁰, y “Toco” significaba “término”, “fin”, “lindero”, “*finis terra*”; la partícula “man” agregada a un sustantivo le participaba a éste movimiento o tendencia, así que: “Tocóman” o “Tucuman” significa en rigor “hacia el término”, o “hacia los últimos linderos del Imperio”. El nombre Tucumán, en tierras calchaquíes de la república Argentina de nuestros días, tuvo idéntico valor, y dio a entender que el Imperio incaico moría por ese lado¹¹.

El padre Pablo Cabrera decía que la provincia de Cariagasta (actual provincia de San Juan) tenía por otro nombre “Tucuma”, resultando que Tucma > Tucuma > Sucuma > Yucuma, sin volver sobre el tema¹².

⁸ Como componentes de la gramática en el siglo XIX.

⁹ PEDRO LOZANO, *Historia de la conquista del Paraguay, Río de la Plata y Tucumán*, 5 tomos, Buenos Aires, Imprenta Popular, I, 1874-1875 [1745], p. 174; SAMUEL A. LAFONE QUEVEDO, *Tesoro de Catamarqueñismos con etimologías de nombres de lugar y de persona en la antigua Provincia de Tucumán*, Buenos Aires, Imprenta Coní, 1898, p. 320.

¹⁰ Para otra opinión, véase MARGARITA E. GENTILE, ob. cit., p. 86; ídem, *Huacca Muchay. Religión Indígena. Religión, creencias, juegos. Área andina argentina, prehispánica, colonial, actual*, Buenos Aires, Instituto Nacional Superior del Profesorado de Folklore, 1999, p. 110.

¹¹ RÓMULO CÚNEO VIDAL, “Estudios históricos aplicados a la geografía peruana. Inca, Ayacucho, Toco, Atacama, Tucumán, Calama”, en *Boletín de la Sociedad Geográfica de Lima XXXIII* (1-2), 1917, p. 56.

¹² PABLO CABRERA, *Los aborígenes del país de Cuyo*, Córdoba, Imprenta de la Universidad, 1929, p. 19; PABLO CABRERA, *Ensayos sobre etnología argentina* (2ª serie, Onomástica Indiana de Tucumán), Buenos Aires, El Ateneo, 1931, pp. 269-270.

Para Manuel Lizondo Borda¹³, “Tucumán” no era una palabra quichua; en su opinión, los incas no habían gobernado la región, de manera que Huaynakapac no habría podido ponerle el nombre a una provincia de indios tonocotés. Citó, no obstante, otras traducciones: la de Nicolás Avellaneda (“cabeza luminosa”); Paul Groussac (“país del algodón”); Adán Quiroga (“país de los tucos” –luciérnagas–); Horacio Carrillo (“donde concluye”, “donde termina”); también invocó la autoridad de un vocabulario de los indios Pano del río Ucayali. Además, siempre, según este autor, la voz originaria no fue “Tucumán” sino “Çucuma” o “Yucuman”, voces del kakano de los diaguitas o del tonocoté, indígenas vecinos de la provincia de Tucumán. Y “Tucma” o “Tucuma”, como Gualan, quería decir “grande”. En conclusión, “podemos decir que Tucumán no fue solamente la provincia indígena de los hombres grandes, sino que grande es también el sentido que –con mayor probabilidad hasta ahora– debemos atribuir a ese nombre famoso con que hoy, después de cuatro siglos, se llama todavía nuestra región nativa”¹⁴.

Lizondo Borda también decía que el Tucumán del área andina argentina era el Tucma de Garcilaso, aunque el cronista no lo ubicaba a esa distancia; pero se trataba de un ambiente cuyos productos más conocidos eran miel, algodón y maíz. En cuanto a la etimología, “Ibatín” o “Ebatín”, nombre del asiento de la primera San Miguel de Tucumán¹⁵ significaba en lengua tonocoté “chacra o sementera de maíz”¹⁶; no obstante, el padre Machoni dijo en su diccionario que, en lengua tonocoté, era: “Chácara: *auycé, eatym*; Maíz: *nus*”¹⁷.

Carlos Auza Arce, por su parte, decía que “Tucumán” era una voz arcaica que podría estar compuesta por elementos quechuas y aymaras, y que se descomponía en “tucu” y “uman”. La primera parte tenía diversas acepciones, según se la pronunciara, y, siguiendo en parte a Juan Durand, eran: fin, término, búho, ventana, hueco, desdentado, cavar, perforar, agujerear, subterráneo; *uma* podía ser: cabeza, o estar relacionado con el agua. Dio una lista de topó-

¹³ MANUEL LIZONDO BORDA, *Tucumán indígena. Diaguitas, lules y tonocotes. Pueblos y lenguas (siglo XVI)*, Tucumán, Universidad Nacional de Tucumán, 1938, p. 86.

¹⁴ LIZONDO, ob. cit., pp. 89, 87 y 90.

¹⁵ MANUEL LIZONDO BORDA, *Documentos Coloniales relativos a San Miguel de Tucumán y a la Gobernación de Tucumán I*, 6 vol., Junta Conservadora del Archivo Histórico de Tucumán, 1936-1949, p. 29.

¹⁶ Cita de TERESA PLOSSEK PREBISCH, *La ciudad en Ibatín, La primera San Miguel de Tucumán, 1565-1685*, San Miguel, Fundación J. Ordeñana, 1985, p. 14.

¹⁷ ANTONIO MACHONI DE CERDEÑA, *Vocabulario de la lengua tononocoté y lulé*, Buenos Aires, Imprenta Coni, 1877 [1732].

nimos andinos con “uma”, y “thuku” asociado con “uma”, de donde “Tucuma”, “Tucume”, “Tucumana”, “Tucumán” significa “aguas subterráneas”. Además, corrigió a Adán Quiroga en cuanto a que el Tucumán prehispánico no era una pequeña parte de La Rioja sino que abarcaba “toda la región donde se realiza ese fenómeno hidrográfico [el de aguas que se subsumen en el terreno para reaparecer más adelante] en suelo argentino”¹⁸.

B. Gutierrez Colombres contestó al trabajo de Lizondo Borda, diciendo que los incas sí habían gobernado el Tucumán prehispánico¹⁹, que lo de “hombres grandes” se refería al hallazgo de fósiles y que los nombres de lugar en la actual provincia de Tucumán eran, en casi su totalidad, de origen quechua, aunque hubiese palabras en lule-tonocoté, aymara o diaguita; citando al padre Mossi (1860), que refutaba a Lozano, decía: “el Inca Huayna Kjapac debió haber dicho en correcto kjéchua: “Imaymana tucumana” que significa “abunda de todo”²⁰.

Para M. Espinoza Galarza, “desde el punto de vista estrictamente quechua, deriva de: ‘tucu’, buho, gran duque; y el sufijo ‘man’ que significa ‘hacia’. Luego: ‘Hacia el buho’”²¹.

En la reedición del trabajo de Andrés Campanella, todavía “tuku” significaba convertirse, y “uma”, cabeza principal, cabecera, de donde resultaba “Tuku uman” y, por corrupción, “Tucumán”, cuya traducción sería “convertido en población principal, pueblo cabecera”²²; todo lo anterior fue retomado por Ana M. Lorandi, para quien “Tucumán” significaba: búho, lechuza, cabeza, cumbre de montaña, cabecilla, jefe, de todas partes, de todo, acabar y acabado²³.

¹⁸ CARLOS AUZA ARCE, “Tucumán”, en *Revista del Museo Nacional* XV, 1946, pp. 189-191.

¹⁹ J. B. Ambrosetti afirmó a fines del siglo XIX, siguiendo a Lozano y contra la opinión de Lafone Quevedo, que los incas no habían gobernado aquí. A pesar de la evidencia arqueológica, aún hoy hay quienes sostienen esto.

²⁰ B. GUTIERREZ COLOMBRES, *Toponimia de Tucumán*, Primer Congreso de Historia de los pueblos de la provincia de Tucumán, 1953, p. 178.

²¹ MAX ESPINOZA GALARZA, *Toponimia quechua del Perú*, Edición del autor, Lima, 1073, p. 369.

²² A. CAMPANELLA, *Estudio glotohistórico de los topónimos indígenas de Tucumán*, Buenos Aires, Ministerio de Cultura y Educación, 1978 [1939-1946], p. 100.

²³ ANA M. LORANDI, “La frontera oriental del Tawantinsuyu: el Umasuyu y el Tucumán. Una hipótesis de trabajo”, en *Relaciones*, 14 (1), Sociedad Argentina de Antropología, Buenos Aires, 1980. Reeditado en Cuadernos del Instituto Nacional de Antropología, número 9, Buenos Aires.

DISPERSIÓN ANDINA DE UN NOMBRE DE LUGAR

Como dijimos al principio, los topónimos relacionados con Tucumán fueron registrados desde el siglo XVI por cronistas y funcionarios españoles, que seguían los relatos de sus informantes indígenas a lo largo de los Andes. Luego de haberlos fichado²⁴, una de las razones por las que esta dispersión llama la atención es que dichos nombres de lugar señalan siempre sitios feraces, aunque sean pequeños oasis en medio de un desierto o un pedregal.

Cieza decía que, yendo desde el norte hacia Lima, del valle de Xayanca se pasaba al de:

Tuqueme, [Tucume] que también es grande y vistoso y lleno de forestas y arboledas y asimismo dan muestra los edificios que tiene, aunque ruïnados y derribados, de lo mucho que fue. ... Y ha de entender el lector que de valle a valle destes, y de los más que quedan de escribir, es todo arenales y pedregales sequísimos, y que por ellos no se ve cosa viva ni nacida, hierba ni árbol, sino son algunos pájaros ir volando²⁵.

En ese valle de Tucume, que debía ser un buen sitio, se instaló Cala, uno de los hijos de Naymlap, el fundador de Lambayeque; después, el Chimo Capac conquistó todos los valles norteños y luego los capitanes de Topa Inga Yupanqui ocuparon la región, tras conquistar la sierra aledaña y cortar el agua²⁶; los tucumes también resistieron la presencia hispana y parece que llegaron a matar a uno de los caciques de Lambayeque por haber hecho alianza con los españoles²⁷. Junto al pueblo actual de Túcume, en las huacas que rodean el cerro El Purgatorio o La Raya, la presencia incaica se hizo sentir sobre los consecutivos asentamientos mochica y chimú; pero uno de los edificios junto a la Huaca Larga es un pequeño recinto en U de adobe, techado, con una puerta orientada al norte y en cuyo interior se encuentra un monolito entre tres altares²⁸.

²⁴ Es probable que se puedan agregar más topónimos a los aquí señalados.

²⁵ PEDRO CIEZA DE LEÓN, *La crónica del Perú*, Madrid, Espasa Calpe, 1962 [1553], p. 196.

²⁶ MIGUEL CABELLO DE VALBOA, *Miscelánea Antártica*, Lima, Instituto de Etnología, Universidad Nacional Mayor de San Marcos, 1951 [1586], p. 329.

²⁷ CABELLO, ob. cit., p. 468.

²⁸ NARVÁEZ EN THOR HEYERDAHL, DAN H. SANDWEISS Y ALFREDO NARVÁEZ, *Pyramids of Túcume. The quest for Peru's forgotten city*, Londres, Thames and Hudson, 1995.

En 1593, se llamaba “Tucumán” una estancia en Reque²⁹. En el siglo XX, la “ollada de Tucumo” era un bajo con agua, propiedad de la comunidad de indios de Aragoto, en Ayavaca³⁰. C. Auza Arce daba también un “Thucuma” en Tayacaja, Canta; “Tucuma” en Parinacochas, Cañete; “Tucumana”, en Caravelí y “Tocoman”, en Chillan, Chile, sin precisar el origen de sus datos³¹.

A principios del siglo XVII, en la orilla urcosuyu del lago Titicaca, cerca de Ilave, estaba el cerro “Tucumu”, donde se halló un monolito bifronte. Otro sitio llamado “Túcume” se encontraba en el valle de Nazca, en 1640, donde tal vez hubiese “indios mochicas”³²; hay una acequia llamada “Los mochicas” en Ica y se hallaron piezas de alfarería y madera estilo mochica enterradas en el guano de las islas cercanas, y hasta en la costa de Chile.

Ya en el actual territorio boliviano, a fines del siglo XVII, en el valle de Mizque (o Aiquile) había dos chacras del maestre de campo Juan de Paredes llamadas “Tucuma la alta” y “Tucuma la baja”³³; a 10 km de Mizque estaba, en el siglo XX, la hacienda “Tucma”, donde se encontró alfarería preinca Yampará, estilo que también alcanzó la época incaica³⁴; éste pudo haber sido el Tucma de Garcilaso, ya que el Inca escribió en el siglo XVII después de la fundación de San Miguel, es decir que adaptó su noticia antigua a una noticia moderna; aunque también podría haber sido uno de los muchos Tucma andinos, no necesariamente el actual Tucumán en la provincia argentina homónima. En el siglo XX, “Tucumancillo” era un sitio en Santa Cruz, provincia Vallegrande³⁵.

El área andina argentina contiene al Tucumán colonial que comprendió las actuales provincias de Jujuy, Salta, Catamarca, Tucumán, Santiago del Estero, La Rioja y Córdoba. Parte de la región fue recorrida por Diego de Almagro entre 1534 y 1535, de paso a Chile. Diego de Rojas, que estuvo allí entre 1542 y 1546, tuvo una escaramuza en Chicuana de la que escapó ajusta-

²⁹ JORGE ZEVALLOS QUIÑONES, “La toponimia Mochica de Lambayeque”, en *Revista del Museo de Arqueología*, número 4, 1993, p. 270.

³⁰ JOSEFINA RAMOS CABREDO, “Las lenguas de la región tallanca”, en *Cuadernos de estudio III* (3), 1950, p. 48.

³¹ AUZA, ob. cit., p. 190.

³² JORGE ZEVALLOS QUIÑONES, *Notas para la prehistoria tardía de Ica: onomástica y toponimia*, Trujillo, Imprenta Universitaria, 1977, p. 41.

³³ ARCHIVO NACIONAL DE BOLIVIA, “Expediente colonial año 1684”, N.º 47.

³⁴ DICK E. IBARRA GRASSO, “¿El reino de Tucma de Garcilaso, estaba en Tucumán o en Cochabamba?”, en *Jornadas Internacionales de Arqueología y Etnografía* 2, 1960, p. 52.

³⁵ R. GONZÁLES MOSCOSO, *Diccionario Geográfico Boliviano*, La Paz, Los amigos del libro, 1984, p. 226.

damente y regresó a Tucuma “donde hallaron gran cantidad de bastimentos”³⁶. Chicuana era un sitio del valle Calchaquí y Tucuma estaba fuera del valle, en el piedemonte oriental. En 1550, Juan Núñez de Prado fundó Barco 1ª en dicho piedemonte, al pie del nevado Anconquija, en las tierras del cacicazgo prehispánico de Marapa³⁷.

Hasta 1563, la región dependió de Santiago de Chile; en ese año, el virrey conde de Nieva creó la “gobernación de Tucumán” y la incorporó a la audiencia de Charcas. El gobernador residía en la ciudad de Santiago del Estero; no había una ciudad llamada Tucumán, pero el topónimo debía ser una buena referencia, porque se puso ese nombre a la gobernación. Trastocando las fechas, el padre Barzana decía que la “provincia del Estero” había tomado el nombre de “provincia de Tucumán” por la fundación de la ciudad de San Miguel³⁸, sin tomar en cuenta que dicha ciudad se fundó después que la gobernación, en 1565. Y, como venimos de ver, dentro de este territorio había varios nombres de lugar cercanos a la voz “Tucumán”:

- Diego de Rojas estuvo en “Tucuma”.
- Joán Jofré de Loayza fundó San Juan de la Frontera en julio de 1562 en un valle llamado “Tucuma”, a unas leguas de la ciudad de Mendoza³⁹ o, más precisamente, a veintiseis leguas del valle de Guantata (¿Güentota?)⁴⁰.
- En 1598, “Tucunucum” era un valle a espaldas del salar de Pismanta, actual provincia de San Juan⁴¹.
- “Tucmangasta”, en el Valle de Mogna, al norte de la ciudad de San Juan, era el pueblo mandado por uno de los caciques Catintucla⁴².

³⁶ PEDRO CIEZA DE LEÓN, “Guerras civiles del Perú”, vol. II, en *Guerra de Chupas. Colección de documentos inéditos para la historia de España*, t. LXXVI, Madrid. Libro II, 1881 [1550-1554], Cap. XCI.

³⁷ MARGARITA E. GENTILE, “El cacicazgo prehispánico de Marapa”, en *Testamentos de indios de la gobernación de Tucumán, 1579-1704*, Buenos Aires, Publicaciones de la cátedra Instituciones del Período Colonial e Independiente, IUNA-ATF, 2008, pp. 105-115.

³⁸ ALONSO DE BARZANA, “Carta al padre Juan Sebastian, provincial”, en *Monumenta Peruana VII*, Documento N° 152, Monumenta Peruana, Roma, 1970 [1594], p. 570.

³⁹ PEDRO MARIÑO DE LOBERA, “Crónica del reino de Chile”, en *Crónicas del reino de Chile*, Madrid, Ediciones Atlas, 1960 [c. 1560], p. 419.

⁴⁰ CABRERA, ob. cit., p. 325.

⁴¹ SALVADOR CANALS FRAU, “Una encomienda de indios capayanes”, en *Anales del Instituto de Etnografía Americana VII*, Universidad Nacional de Cuyo, 1946, p. 202.

⁴² SALVADOR CANALS FRAU, “Los indios Capayanes”, en *Anales del Instituto de Etnografía Americana V*, Universidad Nacional de Cuyo, 1944, p. 157.

- En 1607, Cristóbal de Valencia, uno de los primeros pobladores de San Juan de la Ribera de Londres, pidió la cuarta parte de los indios de los pueblos de “Tucumanahao” y Fiambalá⁴³ bolsones fértiles en la puna, rodeados de salares.
- En la carta anual de 1613, el provincial de los jesuitas contaba que los misioneros que habían entrado al valle Calchaquí habían derribado cerca de Lunacatao (actual Luracatao) “una piedra blanca grande, que era muchadero mui antiguo de ellos con sus varas y plumas”, y más adelante agregaba que, también en el valle, en un sitio llamado “Tucumanagaon” habían quemado “una cassa, o mochadero famoso que estaua puesto muy de fiesta, que nunca he visto otro tan bien aderezado, y con el mochadero quemamos muchísimas varillas con sus plumas, y tengo guardados unos ydolillos para mostrar a los señores Obispo, y Gouvernador”⁴⁴.
- En 1631, Francisco de Acevedo tenía el repartimiento de “Tucumangasta” e Ingamana del cual “hizo dejación” de veinte indios para que el gobernador Albornoz fundara un fuerte en la boca de la quebrada de Escoipe, a la salida del valle Calchaquí hacia Salta⁴⁵. En ese lugar, o muy cerca, está el tambo de Payogasta (¿Payollacta?).
- En el siglo XIX, había un sitio llamado “Tucumano” al oeste de las salinas de Pomán⁴⁶, que Eric Boman reprodujo en su “Carte de la région des diaguites” como “Tucuman”⁴⁷.
- En el siglo XIX, “Tucumangasta” era un distrito situado al noreste en el departamento de Andalgalá, provincia de Catamarca⁴⁸.
- En el siglo XVII, la región que los indios llamaban “Tucumanahao” era el sitio del valle Calchaquí, donde los jesuitas fundaron San Carlos (1617),

⁴³ ANTONIO LARROUY Y MANUEL SORIA, *Autonomía catamarqueña*, Buenos Aires, J. Peuser, 1924, p. V.

⁴⁴ DIEGO DE TORRES, “Cuarta carta”, en *Documentos para la Historia Argentina-Iglesia XIX*, 1927 [1612], p. 199.

⁴⁵ LIZONDO BORDA, Ficha 484, I, 1936.

⁴⁶ SAMUEL LAFONE QUEVEDO, “Un viaje arqueológico en la región de Andalgalá”, en *Revista del Museo de La Plata XII*, La Plata, Mapa, 1905.

⁴⁷ ERIC BOMAN, *Antiquités de la région andine de la République Argentine*, 2 tomos, Paris, Imprimerie Nationale, Fig. 10, 1908.

⁴⁸ FERNANDO A. CONÍ, *Diccionario geográfico argentino*, Buenos Aires, Imprenta Coní, 1951 [1877-1880], p. 473.

junto a Córdoba de Calchaquí (1559), cerca de la boca de la quebrada de las Conchas, otra vía para llegar a Salta⁴⁹.

En atención a la calidad de noticias que suelen proporcionar los documentos de los jesuitas, tenemos aquí que, fuera del “mochadero famoso” en Tucumanagaon, en estos documentos no hay noticias, por ejemplo, de los molinitos del valle de Tafi; no obstante, aún estaban en pie muy cerca de la ciudad de San Miguel, entre el valle de Yocavil, al oeste y el piedemonte oriental; tampoco se dijo nada acerca del monolito, apachitas y edificios incaicos que estaban en el Anconquija, muy cerca del portezuelo de Campo Colorado, por donde iba otro tramo del camino prehispánico que unía la ciudad de Tucumán con el camino a Chile. Para el área andina argentina, la única referencia colonial temprana acerca de la existencia de un monolito de grandes dimensiones parece que es la siguiente:

De esta provincia [Caria] a la de Cuyo hay treinta leguas. Están todas pobladas y de mucha gente. Estos indios de Cuyo también fueron conquistados de los Incas. Estos son más labradores que no los de Caria; siembran mucho maíz y frisoles y quinoa; poseen muchos guanacos. Están a la falda de la cordillera nevada. Hay todas las cazas que he dicho, y sus vestiduras son de lana. También hay acequias muy buenas. De aquí se fue a un río que se dice Diamante de poca gente. Estará treinta leguas, poco más o menos de esta provincia [de Cuyo] donde se halló un mármol hincado en el suelo de estatura de un hombre. Preguntado a los indios que qué era aquello, dijeron que los Incas, cuando vinieron a conquistar aquella provincia, llegaron allí y que, en memoria que habían conquistado hasta el río, pusieron aquella señal y de aquí dieron vuelta⁵⁰.

Esta falta de visibilidad de los menhires en el paisaje de acontecimientos⁵¹ del Tucumán colonial es probable que se deba a alguna circunstancia que aún ignoramos, pero establecida sobre la base de algún tipo de acuerdo entre los

⁴⁹ Según Teresa Piossek Prebisch, comunicación personal que aprovecho para agradecer.

⁵⁰ GERÓNIMO DE BIBAR, *Crónica y relación copiosa y verdadera de los Reynos de Chile hasta 1558*, Santiago, Fondo Histórico y Bibliográfico “J. T. Medina”, 1966 [1559], p. 165.

⁵¹ SENSU PAUL VIRILIO, *Un paisaje de acontecimientos*, Buenos Aires, Paidós, [1996] 1997, p. 13.

“indios de guerra” que habitaban en el valle de Yocavil y los vecinos de San Miguel⁵².

EL DIOS DE LAS COMIDAS

Por lo que venimos de ver, cobra especial interés un relato en una crónica conventual y un manual de extirpación de idolatrías de principios del siglo XVII, cuando ya era poco frecuente que los curas doctrineros consiguieran encontrar y destruir sitios de devoción de alguna divinidad prehispánica, de ahí la repercusión literaria-administrativa del hallazgo del “Dios de las comidas”.

En el año 1619, un cura doctrinero descubrió en el cerro Tucumu, ubicado entre los pueblos de Juli e Hilabi, frente a la isla de Titicaca,

un Idolo de piedra de tres varas, y media de alto que tenia dos rostros, casi a la traza en que pintaron a Jano, salvo que el un rostro era de varón y el otro de mujer, con dos culebras que le subían de los pies y en la corona un sapo muy grande en forma de tocado. Adorábanle por Dios de las comidas y teníanle sobre una losa grande.

Además, los indios de la región “usaban poner sobre unas peñas unos idolillos de sapos y otros animales inmundos, creyendo que con aquesta ceremonia alcanzaban la agua que tanto deseaban”, y que a la salida del pueblo de Yunguyo había un ídolo “que llamaban Copacati, tomando el nombre el cerro en que estaba, [...] era de piedra con una figura malísima y todo ensortijado de culebras, acudían a él en tiempo de seca a pedirle el agua necesaria para sus sementeras”. Acerca de las chacras aterrazadas en la isla Titicaca, no sabía si las había hecho Topa Inca o Huayna Capac, pero la gente creía que una culebra la rodeaba, cuidándola; terminaba diciendo: “Creo entendían por esta culebra

⁵² Los indios agricultores de Cochabamba mantenían sus costumbres fúnebres, porque de sus chacras se abastecían las minas del altiplano en el siglo XVIII.

MARGARITA E. GENTILE, “Supervivencia colonial de una ceremonia prehispánica”, en *Bulletin de l'Institut Français d'Études Andines* 23 (1), Lima, 1994.

el agua que la ciñe"⁵³. Cada pueblo⁵⁴ tenía un ídolo; los que se conocen tienen relieves o grabados de sapos y culebras, o sus metáforas gráficas, indicando su relación con el agua. En Taraco, sobre la orilla norte de la laguna de Chucuito⁵⁵, se encontraron varios monolitos durante el siglo XX⁵⁶, algunos de los cuales tenían relieves semejantes a los de Tucumu, si bien todos los monolitos prehispánicos conocidos fueron realizados en diferentes talleres.

El hallazgo de 1619 fue importante; Arriaga, el extirpador de idolatrías, reprodujo parcialmente la carta del doctrinero Diego García Quadrado al obispo de Chuquiavo, que decía así:

Avisado tengo a vuestra señoría la diligencia que quedo haciendo contra indios hechiceros, y principalmente en razón de un ídolo de piedra de tres estados de alto⁵⁷, muy abominable, que descubrí dos leguas de este pueblo de Hilavi: estaba en un cerro, el más alto que hay en toda esta comarca, en un repecho⁵⁸ que mira hacia donde nace el Sol: al pie del cerro hay mucha arboleda y en ella algunas chozas de indios que la guardan: hay también muchas sepulturas antiguas muy grandes, de entierros de indios muy sumptuosamente labrados de piedra de encaje, que dicen ser de las cabezas principales de los indios del pueblo de Hilavi. Estaba una plazuela hecha a mano, y en ella una estatua de piedra labrada con dos figuras monstruosas: la una de varón, que miraba al nacimiento del Sol, y la otra con otro rostro de mujer a las espaldas, que miraba al Poniente, con figura de mujer en la misma piedra. Las cuales figuras tienen unas culebras gruesas que suben del pie a la cabeza a la mano derecha e izquierda, y asimismo tienen otras figuras como de sapos. Estaba esta huaca

⁵³ ALONSO RAMOS GAVILÁN, *Historia de Nuestra Señora de Copacabana*, La Paz, Academia Boliviana de la Historia, 1976 [1621] pp. 104, 82, 103 y 23.

⁵⁴ En la visita de 1567, los pueblos de los lupaca cercanos a Tucumu eran: Chucuito, Acora, Ilave, Juli, Pomata, Zepita y Yunguyo.

⁵⁵ Hoy llamado lago Titicaca por el nombre de una de las islas donde los collas decían que había salido el Sol.

⁵⁶ SERGIO J. CHÁVEZ y KAREN MOHR CHÁVEZ, "A carved stela from Taraco, Puno, Perú, and the definition of an early style of stone sculpture from the altiplano of Perú and Bolivia", en *Ñawpa Pacha* 13, 1975.

⁵⁷ Según se considere el estado de 5 o de 7 pies, y éste último de 0,28 m, el ídolo mediría entre 1,40 y 1,96 m. Rowe calculó unos 5m de altura pero le pareció "more reasonable" lo que decía Ramos Gavilán, es decir, unos 2,83 m.

JOHN H. ROWE y J. M. DONHAUE, "The Donahue discovery, an ancient stela found near Ilave, Puno", en *Ñawpa Pacha* 13, 1975, p. 39. Acerca de lo que podría ser más razonable comparar, por ejemplo, con las medidas de los monolitos excavados en Tucumán y Alamito.

⁵⁸ Sitio al que se llega trepando verticalmente.

del pecho a la cabeza descubierta y todo lo demás debajo de tierra. Tres días tardaron más de treinta personas en descubrir todo el sitio alrededor de este ídolo, y se hallaron de una parte y otra delante de los dos rostros, a cada parte una piedra cuadrada delante de la estatua, de palmo y medio de alto, que al parecer servían de aras o altares muy bien puestas; y arrancadas de su asiento con mucha dificultad, se halló dónde estaba asentada la ara de la estatua, con unas hojillas de oro muy delicadas, esparcidas unas de otras, que relucían con el sol. Mucho trabajo he pasado en arrancar este ídolo y deshacelle, y más en desengañar a los indios⁵⁹.

El ídolo del cerro Tucumu estaba en territorio de los lupaca y, si bien el doctrinero aseguraba haberlo destruido, alguna forma de creencia en el “Dios de las comidas” pervivió hasta fines del siglo XX en las cercanías del pueblo de Ilave; allí Donhaue y el cura Salazar descubrieron dos fragmentos de piedras grabadas con un personaje síntesis de Tucumu, pero cuando el último regresó a los pocos días para buscarlas, dichas piedras ya no estaban en el lugar.

HIPÓTESIS DE TRABAJO

Lo dicho nos permite apreciar desde una nueva perspectiva –complementaria de lo que se sabe– el uso y la función de los monolitos andinos, ahora asociados con topónimos como “Tucumu” o similares.

En el área andina argentina, los del valle de Tafi son los más conspicuos. Si bien éstos se encuentran desde los años ‘70 del siglo XX fuera de contexto, en un parque turístico, hay fotos de la época de su descubrimiento, dibujos, planos con la ubicación relativa original y se sabe que algunos de sus grabados tenían restos de pintura. No son los únicos monolitos en el área andina argentina, aunque sí los más impresionantes por su tamaño. La región geográfica donde se encontraban era parte del Tucumán y estaban cerca de la ciudad de San Miguel.

Esta correspondencia, monolito de gran tamaño y nombre de lugar, es interesante, porque el área andina argentina fue conquistada por uno de los hijos de Pachacutec, Topa Inca Yupanqui; parte de su ejército fueron los recién

⁵⁹ PABLO JOSEPH DE ARRIAGA, “La extirpación de la idolatría en el Perú”, en *Crónicas peruanas de interés indígena*, tomo CCIX, Madrid, Ed. Atlas, 1968 [1621], pp. 227-228.

conquistados pacajes, habitantes de la orilla sur de la laguna de Chucuito, cuyos escuadrones, vistiendo ponchos amarillos, se ven en algunas pinturas rupestres de la puna de Jujuy⁶⁰.

De los habitantes de las orillas del lago Titicaca, los lupaca y los pacajes eran los “reinos altiplánicos”, por la cantidad de poblaciones, la riqueza ganadera y, sobre todo, por su extensión que llegaba a la selva por el este y a la orilla del océano por el oeste, en un complejo despliegue de organización sociopolítica estructurada sobre la base de territorialidad discontinua y amplias redes de relaciones de reciprocidad e intercambio. No obstante, lo que se sabe de ellos en lo doméstico es menos que lo que se conoce de su economía, tempranamente registrada por los españoles⁶¹.

Tras la conquista del altiplano de los collas, Topa Inca Yupanqui tomó por mujer a la viuda de uno de los curacas que había liderado la rebelión contra los cusqueños; con ella tuvo un hijo al que, mediante un ardid, consiguió nombrar curaca de los cinco pueblos que habían sido del aillu materno, apartándolo así de la guerra de sucesión⁶². La conquista incaica de la región lacustre también incluyó las islas aledañas, en una de las cuales había salido por primera vez el Sol, mito que los cusqueños compartían con lupacas y pacajes, todos ellos collas.

Como tema, esta asociación directa entre el ancestro del aillu personificado en su litomorfosis⁶³, su ubicación entre las chacras y reservorios de agua, su función de referencia astronómica y el topónimo Tucumán, o similar, interesa a la Historia andina en general y particularmente a la del área andina argentina, tan escasa de temas puntuales en los que basar algunas de sus generalidades.

⁶⁰ MARGARITA E. GENTILE, ob. cit., 1991-1992.

⁶¹ GARCÍ DIEZ DE SAN MIGUEL, *Visita hecha a la Provincia de Chucuito en 1567*, Lima, Casa de la Cultura del Perú, 1964, [1567].

⁶² RAMOS GAVILÁN, ob. cit., p. 92; BERNABÉ COBO, *Historia del Nuevo Mundo II*, Madrid, Ediciones Atlas, 1964 [1653], p. 86; MARGARITA E. GENTILE, “La pichca: oráculo y juego de fortuna (su persistencia en el espacio y tiempo andinos)”, en *Bulletin de l’Institut Français d’Études Andines*, 27 (1), 1998; [http://almacen2.ifeanet.org/publicaciones/boletines/27\(1\)/75.pdf](http://almacen2.ifeanet.org/publicaciones/boletines/27(1)/75.pdf); MARGARITA E. GENTILE, “Espacio y tiempo de un oráculo andino relacionado con el agro y la pesca. Nuevas evidencias.”, en M. CURATOLA y M. ZIOLKOWSKI (eds.), *Adivinación y oráculos en el mundo andino antiguo*, Lima, Pontificia Universidad Católica del Perú, 2008, pp. 221-250.

⁶³ Uno de los primeros investigadores en llamar la atención sobre el tema fue PIERRE DUVIOLS, “Un symbolisme de l’occupation, de l’aménagement et de l’exploitation de l’espace. Le monolithe “huanca” et sa fonction dans les Andes préhispaniques. L’Homme”, en *Revue Française d’Anthropologie*, tome XIX (2), Paris, 1979.

CALENDARIO AGROPECUARIO ANDINO

La dispersión andina de los topónimos “Tucuma”, “Tucma”, “Tucuman”, etcétera es interesante también por la variedad de paisajes abarcados y por la presencia en algunos de ellos de monolitos: en las huacas de Tucume, en el cerro Tucumu, en Tucumanagaon, en Tafi, en el nevado Anconquija; éstos últimos tres sitios de la gobernación de Tucumán colonial.

El monolito andino prehispánico, huanca, representaba al ancestro fundador del aillu y era parte de un sistema de observación del curso de astros y constelaciones; si bien el aillu participaría y comprendería la razón de las ofrendas realizadas, la observación y el significado de la desviación del recorrido de los cuerpos celestes durante el año en relación con la dirección del espacio señalada por el monolito, seguramente era conocimiento de unos pocos⁶⁴. En algunos sitios prehispánicos, los monolitos estaban en el centro de círculos de piedras (Doncellas, Tafi, Quenco, Anconquija) y de algunos se sabe que tenían altares al pie (Túcume, Tucumu).

Su ubicación en las proximidades de los terrenos que, gracias al ingenio, la constancia y el trabajo humanos producían alimentos, pone a todos estos huanca en correspondencia entre sí a través de los modos de aprovechamiento y conservación de los recursos naturales renovables en los Andes prehispánicos; una aproximación a este tema también es factible en el marco del análisis de los nombres de lugar⁶⁵.

En el Tahuantinsuyu, el éxito de los trabajos del campo —con chacras y pastos dispersos en latitud y altitud— dependían de dichas observaciones astronómicas y su registro; en cuanto a los puntos de referencia terrestres, los cronistas tempranos dieron noticias de su existencia, por lo menos en el entorno de la ciudad capital. Betanzos los llamó “relojes” y Pacha Unan Changa a:

[...] cuatro pirámides mármoles de cantería las dos de en medio menores que las otras dos de los lados y de dos estados⁶⁶ de altor cada una cuadradas e

⁶⁴ MARGARITA E. GENTILE, “Presencia incaica en el paisaje de acontecimientos de un sector de la puna de Jujuy: huanca, usnu, cachauis y quipildor”, en *Boletín de Arqueología* 7, Pontificia Universidad Católica del Perú, Lima, 2002.

⁶⁵ MARGARITA E. GENTILE, “Análisis de algunos nombres de lugares del Noroeste argentino a partir de su ubicación y de la historia regional prehispánica y colonial”, en *Tawantinsuyu* 1, Canbera, 1995.

⁶⁶ Equivalencias aproximadas: un estado = la altura de un hombre; considerando una media de 1,65 m, entonces las columnas de los extremos medirían unos 3,30 m de altura cada una. Una braza equivalía a dos varas, o 1,60 m. Un palmo y medio = 30 cm.

apartada una de otra una braza salvo que los dos pequeños de en medio hizo más juntos que del uno al otro habrá media braza [...] porque los relojes eran cuatro a do el sol salía y otros cuatro a do se ponía do se diferenciaban los transcurros y movimientos que así el sol hace en el año⁶⁷.

Cieza decía, al describir la ciudad del Cusco, que “por otra [parte] estaba el cerro de Carmenga, de donde salen a trechos ciertas torrecillas pequeñas, que servían para tener cuenta con el movimiento del sol, de que ellos mucho se preciaron”⁶⁸. Este cerro se encuentra en el sector noroeste de la ciudad de Cusco. En la relación de los ceques de Chinchaysuyu tenemos:

la nouena Guaca [del sexto ceque] era un cerro llamado, Quiangalla⁶⁹, que esta en el camino de yucay, donde estauan dos mojones, o pilares que tenían por señal que llegando allí el sol era el principio del verano⁷⁰.

la setima [guaca del octavo ceque] se decia, sucanca, era un cerro por donde viene la acequia de Chinchero, en que hauia dos mojones por señal que quando llegaua allí el sol, hauian de comenzar a sembrar el maiz. el sacrificio que allí se hacia se dirigia al sol, pidiendole que llegase allí a tiempo que fuese buena sazon para sembrar, y sacrificauanle carneros, ropa, y corderillos pequeños de oro, y plata⁷¹.

A fines del siglo XVI, Acosta decía que los “pilarejos” habían sido doce, uno por cada mes, y habían estado en la séptima huaca del octavo ceque que venimos de ver “en tal distancia y postura, que en cada mes señalaba cada

⁶⁷ JUAN DÍEZ DE BETANZOS, *Suma y narración de los Incas*, Madrid, Ediciones Atlas, 1987 [1551], p. 74.

⁶⁸ CIEZA, ob. cit., 1962 [1553], p. 242.

⁶⁹ GUAMÁN POMA DE AYALA, PHELIPE, *El Primer Nueva Coronica y Buen Gobierno*, 3 tomos, México, Siglo XXI, 1980 [1613].

La figura 316 muestra un cerro llamado Quean Calla sobre el que hay dos hombres sentados, tocando pingollos, con las espaldas apoyadas contra unas gavillas; al pie del cerro, corre el Uatanay Mayo, en el que se ven dos mujeres desnudas como bañándose, pero escuchando a los hombres; el título dice “canciones i mvsica aravi pincollo vanca”, es decir, el sitio señalado (huanca) para cantar y tañer música. Urioste tradujo “pincollo” como “canción de mozos y vanga” = “canción de mozas”.

⁷⁰ COBO, ob. cit., p. 172; JOHN H. ROWE, “An account of the shrines of ancient Cuzco”, en *Nawpa Pacha* 17, 1979, p. 24.; BRIAN BAUER, “El espacio sagrado de los Incas. El sistema de ceques del Cuzco”, en *Cuzco*, Centro de Estudios Regionales Andinos “Bartolomé de las Casas”, 2002. Pero, en opinión de este autor –p. 72– era el inicio del invierno y el solsticio de junio.

⁷¹ COBO, ob. cit., II, p. 173; ROWE, ob. cit., 1979, p. 26.

uno, donde salía el sol, y donde se ponía. Estos se llamaban “Succanga”; y por allí anunciaban las fiestas y los tiempos de sembrar y recoger, y lo demás. A estos pilares del sol le hacían ciertos sacrificios conforme a su superstición”⁷². Para Gracilazo, las “torres” habían sido ocho, cuatro a oriente y cuatro a occidente:

dos pequeñas de a tres estados [...] en medio de otras dos grandes; las pequeñas estaban a diez y ocho o veinte pies la una de la otra; a los lados, otro tanto espacio, estaban las otras dos torres grandes, que eran mucho mayores que las que en España servían de atalayas, y éstas grandes servían de guardar y dar viso para que descubriesen mejor las torres pequeñas⁷³.

La observación de estas construcciones de cantería y pilares (o monolitos), en la interpretación de los españoles, se relacionaba con las ofrendas a los mismos, así que llamaron “ídolos” a los huanca, chichic, chacrayoc, guachecoal, etcétera, basándose también en los relatos que los daban por ancestros litomorfizados que protegían las chacras y acequias⁷⁴. Los padres agustinos decían que en el norte del Perú:

en cada pueblo avía una huaca o ydolo que hera una gran piedra hincada como los pilares que hincan en las partes donde ay nieve para mostrar el camino. Asi en cada pueblo avía piedra grande hincada, la cual llamavan Guachecoal, y a ésta tienen por ojo del pueblo⁷⁵, y en ningún pueblo dexa de averla. A ésta adoran y mochan para que les guarde el pueblo y las chácaras que son sus estancias y sembrados; a ésta dan çaco y coyos y chicha para hazer su fiesta. Más de tresçientas destas se quitaron por los dichos padres, y en munchas partes en su lugar pusieron cruces⁷⁶.

⁷² JOSÉ DE ACOSTA, “De procuranda indorum salute”, en *Biblioteca de Autores Españoles* LXXIII, 1954 [1590], p. 184.

⁷³ GARCILAZO, ob. cit., p. 105.

⁷⁴ La ubicación, uso y función de estos pilares en el Cusco fue una de las preocupaciones de Josefina Ramos de Cox, como directora del Seminario de Arqueología de Instituto Riva-Agüero; ésto estaba en relación directa con los hallazgos del equipo del IRA-PUCP en la Huaca Tres Palos, así llamada por los troncos cuidadosamente alineados en dos grupos en una de sus terrazas.

⁷⁵ Ojo del pueblo = ¿que todo lo sabe, que todo lo ve?

⁷⁶ RELIGIOSOS AGUSTINOS, *Relación de la religión y ritos del Perú*, Lima, Pontificia Universidad Católica del Perú, 1992 [c.1560], p. 26. Según L. Castro de Trelles, “La imagen de esta divinidad es similar a la Apachita, adoratorios de piedras de los caminantes”, p. 27, nota 48; sin

A pesar del esfuerzo de los evangelizadores y los extirpadores de idolatrías, los fragmentos de esta clase de piedras paradas continuaron recibiendo ofrendas: “Yamoc zuyra, guaca las mas prencipales del reino de los caxamalcas es una piedra larga questá en un cerro que se llama Yamoc. Aunque ésta se deshizo, guardaron sus pedazos de la piedra en muchas partes”⁷⁷.

En el siglo XVII, cuando el culto continuaba recatadamente, uno de los principales extirpadores de idolatrías agregó que el huanca era el dueño de la chacra donde estaba, afirmación que adscribía dichas tierras a la misma categoría que las antiguas “chacras del Sol” de los primeros repartos territoriales, justificando un nuevo reparto sacándolas a las comunidades indígenas:

Chichic o huanca llaman una piedra larga que suelen poner empinada en sus chacaras, y la llaman también Chicrayoc, [¿chacrayoc?] que es el señor de la chacara, porque piensan que aquella chacara fue de aquella huaca, y que tiene a cargo su aumento, y como a tal la reverencian, y especialmente en tiempo de las sementeras le ofrecen sus sacrificios.

Compa o larca villana [¿vilcana?] llaman otras piedras a este mismo modo que tienen en las acequias, a las cuales hacen la misma reverencia antes de sembrar y después de pasadas las aguas, porque las acequias no se les quiebren y les falte el agua⁷⁸.

3. Ytem si saben que alguna o algunas personas hayan adorado a las huacas, que llaman compac, cuando limpian las acequias para sembrar, y a las huacas que llaman huanca o chichic, teniéndolas en medio de sus chacras, y las ofrecen sacrificios de chicha, coca, sebo quemado y otras cosas⁷⁹.

En la segunda parte de la cita anterior, tenemos que había piedras de forma similar al “guardián de las chacaras”, pero que cuidaban las acequias, y cuyo nombre era aimara:

embargo, la palabra “pilares” indica piedras paradas, no apachita (montón de piedras reunidas para edificar una atalaya en las cimas), en MARGARITA E. GENTILE, “Contextos prehispánicos en papeles escritos: el caso de la apachita”, CD- Room editado por el Centro de Estudios en Ciencias Sociales y Naturales de Chivilcoy, provincia de Buenos Aires, 2004.

⁷⁷ CRISTÓBAL DE ALBORNOZ, “Instrucción para descubrir todas las guacas del Perú y sus camayos y haciendas”, *Journal de la Société des Américanistes* LVI-1, 1967 [1568?], p. 31.

⁷⁸ ARRIAGA, ob. cit., p. 204.

⁷⁹ ARRIAGA, ob. cit., p. 273.

Larca, irpa, pincha: Acequia. / *Larcachatha etc*: Hazerla. / *Larca, ver Phakhcha*: Vna canal de madera delgada, con que beuen chicha por pasatiempo. / *Uma larca, ver irpa*: Acequia. / *Uma irpatha*: Hazer acequia. / *Uma irpamucutha*: desviar el agua de los ríos a otra parte sangrándolos⁸⁰.

Asimismo, la afirmación acerca de la propiedad (en el sentido europeo) de las chacras, explicaría los hallazgos, por parte de algunos arqueólogos, de menhires cuidadosamente removidos de su posición vertical y enterrados horizontalmente.

Si bien los relatos recogidos por los cronistas insisten en que algunos ancestros se convertían en piedra, no todas las piezas que representaban ancestros, divinidades o ambos, eran litos. Es probable que la preferencia por determinado material se deba a creencias regionales; por ejemplo, en la huaca Cao Viejo (valle de Chicama, costa norte del Perú), en tiempo de los mochica hubo un ídolo tallado en una sola pieza de madera de 2,48 m de alto, antropomorfo, coronado con tigres enfrentados, que estuvo orientado de este a oeste y fue cuidadosamente sacado de su lugar, puesto horizontalmente y cubierto con los bloques de adobes tramados que sellaron el recinto. El lugar tiene una clara relación con el agua; desde la cima del complejo prehispánico El Brujo se ven a poca distancia la Huaca Rajada o Blanca, y la Huaca Prieta (valle de Chicama), ambas junto al mar, flanqueando lo que sería la desembocadura de un río que, en su curso, tanto se sume en el arenal cuanto surge por tramos. En la pampa que está entre dichos edificios se encontró un “pozo ceremonial”, cuya bajada en espiral hacia el curso de agua subterránea recuerda a las de los puquios de Nasca; en el punto que llega al espejo de agua, estaba enterrado un hombre de unos 30 años⁸¹.

En este sitio, la observación periódica del caudal de esta corriente subterránea nacida en los deshielos, que se sume y sigue corriendo bajo la arena hasta el mar, permitiría advertir, predecir, tomar medidas adecuadas acerca del riego de la vecina zona de cultivos, que todavía se ve un poco más abajo de dichas huacas, además de conocer cuán necesitados de agua podrían estar los cultivos de la parte media y alta del valle. En otras palabras, tomando en

⁸⁰ BERTONIO, ob. cit..

⁸¹ R. FRANCO JORDAN, C. GÁLVEZ MORA y S. VÁSQUEZ SÁNCHEZ, “La huaca Cao Viejo en el complejo El Brujo: una contribución al estudio de los mochicas en el valle de Chicama”, en *Arqueológicas* 25, 2001. H. Pérez Campos y yo agradecemos las cordiales atenciones del Dr. R. Franco Jordán y a su equipo en oportunidad de nuestra visita al sitio.

cuenta la distancia cronológica entre las construcciones, pero su cercana ubicación espacial, este lugar fue estratégico en cuanto al manejo del agua.

También en la costa central del Perú, en el sitio arqueológico Playa Grande —parte del cual eran cinco montículos cuadrangulares de pequeñas dimensiones y escasa altura, dispuestos en línea noreste-sudoeste— se halló un poste de madera con tallas estilo *interlocking* clásico en sus cuatro caras; los comentarios de Falcón acerca de la función de dicha pieza fueron discutidos por Marco Goldhausen⁸². También había ídolos tallados en postes de madera, bifrontes, rodeados de choclos y peces, hincados en los alrededores del santuario de Pachacamac.

Regresando a los litos, al sur del Cusco, estas piedras paradas eran preincaicas; en Tiahuanaco (Taypicala, “la piedra del medio”, según Cobo), eran antropomorfos de gran estatura, que se explica porque en ese altiplano el dios Viracocha había creado a la Humanidad, prefigurando hombres y mujeres en piedra, con ropa y peinados característicos de cada región, a quienes ordenó ir bajo tierra y salir de los sitios que luego serían las huacas parcariscas de dichas poblaciones.

En el Cusco, en los andenes de Colcampata, al pie de Sacsahuamán, estuvo el monolito de Amaro Topa Inga, de quien se contaba que había inventado a las colcas y a terrazas de cultivo⁸³. También, en el sitio conocido hoy día como Quenco, hay una roca natural más alta que ancha en medio de dos círculos de piedras y junto a un afloramiento completamente esculpido —tal vez fue Patallacta⁸⁴—, que desde cierto ángulo parece estar ligeramente inclinada hacia la plaza, aspecto similar al del monolito de Túcume, inclinado hacia la puerta del recinto, a su vez orientada al norte; el de Anfama, en Tukumán, tenía una posición similar, orientado hacia el interior del círculo de piedras del que formaba parte.

Los relatos de Huarochirí contienen varios temas de los repasados hasta aquí; por ejemplo, se contaba que, ante el ataque de Pariacaca, un hombre y sus hijos decidieron ir a morir a su chacra, convirtiéndose en piedras y con-

⁸² LOUIS M. STUMER, “Playa grande: primitive elegance in Pre-Tiahuanaco”, en *Archaeology* 6 (1), Perú, 1953; VÍCTOR FALCÓN HUAYTA, “Playa Grande: entre la aldea y el santuario. ¿Un caso de interpretación arqueológica ambigua?”, en *Arqueológicas* 24, 2000; MARCO GOLDHAUSEN, “Avances en el estudio de la iconografía”, en *Arqueológicas* 25, Lima, 2001.

⁸³ MARGARITA E. GENTILE, ob. cit., 1998; ídem, “Un relato histórico incaico y su metáfora gráfica”, 2007. <http://www.ucm.es/info/especulo/numero36/relainca.html>

⁸⁴ BAUER, ob. cit., p. 55.

servando su nombre, es decir, Armicu⁸⁵; también una pareja fue convertida en piedra en la laguna Lliuya, en tanto que en la laguna Yansa un huaca enseñó cómo y cuándo se debía soltar el agua para el riego, dio nombre a las medidas del estanque y señaló las piedras de referencia. Sin embargo, el curso del sol parece que lo seguían los yañca desde un muro bien construido: “mira el caminar del sol, y en cuanto el sol llega al muro, vocea a la gente y les dice si deben ir ese día o al día siguiente”⁸⁶.

Todavía en 1771, un obispo decía que en los alrededores de Quito “vereran las guacas, que son unas piedras largas que ponen empinadas en sus chacras, que es el señor de ellas, que tiene a su cargo su aumento”⁸⁷. En el sitio del antiguo Otavalo, a orillas de una laguna, frente al cerro Imbabura, se excavaron varios montículos artificiales (tolas), dentro de los cuales se hallaron clavadas verticalmente unas estatuas de piedra antropomorfas; Otavalo querría decir “cobija de todos” y la interpretación del sitio estaba relacionada con los entierros de jefes antiguos⁸⁸.

Hasta aquí tenemos que había monolitos que representaban al ancestro y cuidador de la chacra, acequia o cocha, cuya función podría ser tanto simplemente para recordarlo cuanto para considerar dicha piedra un punto terrestre de referencia con relación al curso de astros y estrellas, y el caudal de agua. La sacralidad de estas piedras pervivió en sus trozos dispersos; es decir que los conocimientos astronómicos ligados al monolito no eran patrimonio de todos.

También al sur de Charcas, en el área andina argentina, hubo gran cantidad de monolitos concentrados en un sector relativamente pequeño que, según algunos autores, antes de la colonización incaica estuvo habitado por gentes de la cultura La Aguada⁸⁹, cuyos nexos con la de Tiahuanaco se perciben en la iconografía⁹⁰.

⁸⁵ FRANCISCO DE ÁVILA, *Dioses y hombres de Huarochirí*, Lima, Museo Nacional de Historia-Instituto de Estudios Peruanos, 1966 [¿1598?], p. 151; GERALD TAYLOR, “Ritos y Tradiciones de Huarochirí”, en *Manuscrito quechua de comienzos del siglo XVII*, Lima, Instituto de Estudios Peruanos-IFEA, 1987, p. 403.

⁸⁶ ÁVILA, ob. cit., pp. 165, 179 y 65; TAYLOR, ob. cit., pp. 435, 473 y 171.

⁸⁷ Citado por MANUEL MARZAL, *El mundo religioso de Urcos*, Cusco, Instituto de Pastoral Andina, 1971, p. 446.

⁸⁸ CHANTAL CAILLAVET, “Etnias del Norte”, en *Etnohistoria e historia de Ecuador*, Quito, Ediciones Abya-Yala / IFEA-Lima / Casa de Velázquez, 2000, pp. 40 y 399.

⁸⁹ MARTA R.A. TARTUSI y VÍCTOR A. NÚÑEZ REGUEIRO, *Los centros ceremoniales del NOA*, San Miguel de Tucumán, Instituto de Arqueología, Universidad Nacional de Tucumán, 1993.

⁹⁰ ALBERTO R. GONZÁLEZ y ANA E. MONTES, *Cultura La Aguada. Arqueología y diseños*, Buenos Aires, Filmediciones Valero, 1998.

A fines del siglo XIX, de paso hacia el valle de Yocavil, Juan B. Ambrosetti vio e hizo levantar un plano de ubicación de las piedras paradas que estaban en la estancia El Mollar entre las terrazas de cultivo, a ambos lados del río del Rincón, un tributario por el sur del río del valle de Tafi, el cual, a su vez, corre perpendicular al extremo norte de la sierra del Anconquija, en la actual provincia de Tucumán; ésta es una de las vías de comunicación naturales entre el piedemonte y el valle de Yocavil.

Ambrosetti comparó estos monolitos con los alineamientos de Carnac (Francia) y los llamó “menhirs”, quedando “menhires” en la literatura científica. Algunos de ellos estaban enteros y medían alrededor de tres metros de alto por unos veinte centímetros de diámetro; otros estaban rotos, otros tenían forma de cuña; si tenían grabados, los surcos eran profundos, de diseño geométrico (líneas combinadas con círculos con punto central, por ejemplo), y muchos tenían un rostro, cuya faz miraba al sur, hacia el cerro Ñuñorco Grande.

En su opinión, tanto por la forma cuanto por algunos grabados, consideraba posible que hubiesen sido hechos por “esas mismas razas que poblaron á Tiahuanaco y elevaron allí los grandiosos monumentos megalíticos que aún hoy nos asombran”⁹¹.

Samuel Lafone Quevedo recorrió el lugar en 1898; ya había estado en la región en 1886. Su interés, además de los negocios mineros, era volver a ver unas paredes de piedra que, en su opinión, formaban parte de un intihuatana o reloj solar. Midió y describió rápidamente algunos monolitos: “en las inmediaciones de todos estos Menhires hay círculos de piedras, y todo lo que se ve induce a creer que se trata de círculos solares con piedras paradas para determinar los solsticios”. También opinaba que el lito más grande hallado por Ambrosetti era “un dios andrógino que a la vez servía para formar algún intihuatana”⁹².

Eric Boman notó la alta frecuencia de una o más piedras largas colocadas verticalmente en el piso de cada recinto o cerca de las paredes, en otros sitios del área andina argentina; les adjudicó un uso religioso o ceremonial, aunque apenas habían sido desbastadas para darles forma, y aunque la mayoría de

⁹¹ JUAN B. AMBROSETTI, “Los monumentos megalíticos del valle de Tafi (Tucumán)”, en *Boletín del Instituto Geográfico Argentino* XVIII, 1897, p. 114.

⁹² SAMUEL LAFONE QUEVEDO, “Viaje a los menhires e intihuatana de Tafi y Santa María en octubre de 1898”, en *Revista del Museo de La Plata*, tomo XI, La Plata, 1904, pp. 125-126.

ellas no medía más de un metro⁹³; también hizo una lista de los lugares donde él y otros autores las habían observado hasta ese momento:

Ubicación en la provincia actual	Sitios prehispánicos
Laguna de Rinconada, Jujuy	Pucará de Rinconada
Valle Calchaquí, Salta	La Paya, quebrada de Luracatao y Hurvina.
Quebrada de las Conchas, Salta	Curtiembre, Carrizal y Morale.
Quebrada del Toro, Salta	Tastil
Río Horcones, Salta	Pampa Grande
Valle de Yocavil, Catamarca y Tucumán	Quilmes, Loma Rica, Cerro Pintado, Loma Jujuy, Fuerte Quemado, Andahuala y Anjuana
Valle de Tafi, Tucumán	Anfama, El Mollar
Valle del Cajón, Catamarca	San Antonio del Cajón, La Hoyada y Guasamayo
Valle de Hualfín, Catamarca	Cerro Colorado de Hualfín
Valle de Quinmivil, Catamarca	La Ciénaga
Valle de Abaucán, Catamarca	Batungasta
Entre la sierra de Ambato y la de Aconquija, Catamarca y Tucumán	Pucará de Aconquija
Salina de Pomán, Catamarca	Pajanco, Tuscamayo y Ciudadarguita
Sierra de Calalaste, Catamarca	Antofagasta de la Sierra
Salar de Antofalla, Catamarca	Antofalla y Botijuela
Salina del Hombre Muerto, Catamarca	Vega del Cerro Gordo
Río de los Patos, San Juan	Tambería de Calingasta

Sitios del área andina argentina donde se hallaron menhirs, según BOMAN, ob. cit. 1908.

Respecto de las tres torres cilíndricas de Fuerte Quemado (valle de Yocavil), Quiroga encontró entre las ruinas cuatro menhires caídos de unos 2 m de largo cada uno, sin grabados ni pinturas; en su opinión “pueden haber sido un observatorio solar, los que señalarían los cuatro puntos cardinales, indicando

⁹³ERIC BOMAN, *Antiquités de la region andine de la République Argentine*, 2 tomos, París, Imprimerie Nationale, 1908, p. 107.

además las diversas estaciones del año, por la dirección y largo de la sombra proyectada”⁹⁴. Es decir, una especie de gnomon.

En 1908, Carlos Bruch también recorrió El Mollar, donde fotografió y describió las piedras paradas. Para él, el “gran menhir esculpido” de Ambrosetti tenía rasgos faciales que lo emparentaban con los de Tiahuanaco. Es interesante notar que los lugareños no eran indiferentes a la presencia de estas piedras; una de ellas, que presentaba cavidades a modo de ojos, estaba rota y medio enterrada entre un maizal; otras que formaban parte de paredes de corrales estaban caídas en el campo, en tanto que otra era usada como puente sobre una acequia. Observó que, si bien no era posible decir con qué propósito habían sido llevadas hasta allí y cuál habría sido su disposición original, notaba que toda la zona era de tierra muy buena para cultivo⁹⁵, tal como el nombre mismo, “mollar”, lo indica, aunque también podría significar hito, mojón⁹⁶.

Fuera de El Mollar, en El Rincón, Bruch también encontró más de estas piedras; una de ellas embutida en la pared de una casa actual, cuyo dueño consideró de buen agüero hallarla en sus terrenos; otra, con un grabado similar pero doble, fue colocada como jamba de la puerta de un corral; en otro caso, un monolito traído de los “pueblos viejos” servía de mojón en una propiedad. Aunque no lo haya precisado, para él eran “piedras” los menhires, y piedras paradas las más pequeñas en comparación con las de Tafi. Ambrosetti y Bruch publicaron sendos planos con la ubicación relativa de las piedras paradas de Tafi.

En noviembre de 1948, Guillermo Rohmeder, Emilio Barbieri y Osvaldo Paulotti recorrieron las “ruinas de los Nevados”, ubicadas sobre un filo del Aconquija, entre las nacientes de los ríos Jaya y Pavas, a 4200 msnm⁹⁷. Los edificios y el uso del espacio eran incaicos, lo mismo que el 30% de la alfarería superficial (el resto eran estilos Santa María y Belén); en la cancha del grupo sudeste había un “gran monolito o menhir”, rodeado por dos elipses de piedras irregulares y lajas que ya no se encontraban allí en 1986⁹⁸. En el grupo

⁹⁴ ADÁN QUIROGA, “Ruinas calchaquíes-Fuerte Quemado”, en *Anales de la Sociedad Científica Argentina* LII, 1901, p. 242.

⁹⁵ CARLOS BRUCH, *Exploraciones arqueológicas en las provincias de Tucumán y Catamarca*, La Plata, Universidad Nacional de La Plata, Biblioteca Centenaria, 1911.

⁹⁶ MARTÍN ALONSO, *Enciclopedia del Idioma (siglos XII al XX)*, Madrid, Aguilar, 1958.

⁹⁷ OSVALDO PAULOTTI, “Las ruinas de los nevados del Aconquija, noticia preliminar”, en *Runa* 9 (1-2), 1958-1959.

⁹⁸ JOHN HYSLOP, *Inka settlement planning*, Austin, University of Texas Press, 1990, p. 81.

noroeste, además de otras grandes apachetas, se encontraron cuatro pequeños menhires, de sección oval, similares a los de la puna de Jujuy⁹⁹.

En nuestra opinión, los pequeños promontorios ubicados sobre los dos grupos de edificios, el usno y algunas rocas fijas conforman un observatorio astronómico y un sitio de vigilancia inconclusos, indicado también por la cantidad de apachetas antiguas; cuándo fue sustraído el monolito de la cancha sudeste, no lo podemos precisar, pero sucedió en algún momento entre las visitas de Rohmeder y Hyslop; lo mismo pasó con el del cerro Tucumu, hallado por Donhaue y Salazar; si tomamos en cuenta la presencia de estas piedras paradas junto a casas actuales en la puna de Jujuy¹⁰⁰, se concluye sin dificultad que algún culto relacionado con ellas está vigente, aunque ya no cumplan funciones astronómicas.

Sin embargo, algunos monolitos no se encontraron en superficie. Entre enero y marzo de 1960 en Tafi del Valle se excavaron: un sitio con habitaciones, un montículo y un círculo de piedras de veinte metros de diámetro, en cuyo interior había dos menhires que estaban a, aproximadamente, un metro de profundidad, y casi en el centro de dicho círculo; uno de ellos era completamente liso, en tanto que el otro, de 3,12 m de largo, tenía grabado hacia la mitad del pilar un rostro antropomorfo y a partir del mentón seguía hacia abajo una figura serpentiforme, formada por dos líneas grabadas alrededor de las cuales había rastros de pintura roja. La mayor de las piezas registradas durante estos trabajos midió 4,12 m de largo; una, hallada en superficie, tenía un dibujo de estilo Tiwanaku¹⁰¹. Estos autores clasificaron los menhires conocidos hasta ese momento (publicados, en colecciones privadas y los descubiertos en 1960) de la siguiente manera:

Lisos

- Tallados para darles una forma regular.
- Bloques alargados, sin tallar.

⁹⁹ OSVALDO PAULOTTI, "Las ruinas de los nevados del Aconquija. Los dos grupos de construcciones", en *Runa* 10 (1-2), 1967, p. 269.

¹⁰⁰ MARGARITA E. GENTILE, ob. cit., 2002.

¹⁰¹ ALBERTO R. GONZÁLEZ, "Menhires en Tafi del Valle", en *La Prensa*, Buenos Aires, 8 de mayo de 1960, Sección 2ª, 1960; ALBERTO R. GONZÁLEZ y VÍCTOR A. NÚÑEZ REGUEIRO, "Preliminary report on archaeological research in Tafi del Valle, N.W. Argentina", en *Actas del 34º CIA*, Viena, 1960, pp. 492-493, fig.4.

Grabados

- Con diseños geométricos; uso de líneas rectas.
- Con motivos antropo o zoomorfos; uso de líneas curvas.

La alfarería recogida en superficie alrededor de estos monolitos era tardía, del tipo Santa María (sin explicitar cuál de los subtipos), además de algún tiesto Condorhuasi policromo; no obstante, las piedras paradas fueron adjudicadas a la temprana cultura Tafi por el fechado de muestras de carbón procedentes de un montículo próximo al círculo dentro del cual se excavaron dos menhires¹⁰².

En el sitio Campo del Pucará, correspondiente a la cultura Alamito, se hallaron tres litos alargados; uno de ellos representó un personaje con las manos sobre el vientre; de la cabeza a la espalda, caía la piel completa de un felino; además, “La evidente carencia de función práctica de las estelas y su asociación en 2 (sobre 3) casos a las Plataformas, está apuntando a un carácter fundamentalmente ceremonial”. No se halló alfarería asociada. Este autor las definió como: “Escultura cuya sustentación en posición vertical se ha debido realizar enterrando su extremo inferior. Morfológicamente es un lito alargado, tallado o simplemente desbastado”¹⁰³; es decir, que eran menhires *sensu* Ambrosetti, pero en este caso la figura era femenina, asunto que no mereció comentario de sus descubridores.

En el valle de Cochabamba, Ibarra Grasso encontró en la base de un túmulo en Quillacollo –a 12 km al oeste de Cochabamba– un pequeño monolito bifronte; la región fue ocupada por los mitmacuna transterrados en tiempos de Huayna Capac, con la finalidad de cultivar intensivamente maíz en dicho valle. Es interesante notar también que en la región se encontraron fragmentos de urnas de alfarería de estilo Santa María (del valle de Yocavil y contempo-

¹⁰² GONZÁLEZ Y NÚÑEZ REGUEIRO, ob. cit., pp. 491 y 493, ALBERTO R. GONZÁLEZ, “Nuevas fechas de la cronología argentina obtenidas por el método del radiocarbón (V)”, en *Revista del Instituto de Antropología* II-III, 1965, pp. 290-291; ALBERTO R. GONZÁLEZ y JOSÉ A. PÉREZ, *Primeras culturas argentinas*, Buenos Aires, Filmediciones Valero, 1971, p. 13.

¹⁰³ VÍCTOR A. NÚÑEZ REGUEIRO, *Arqueología, historia y antropología de los sitios de Alamito*, San Miguel de Tucumán, Ediciones Interdea, 1998, p. 209; MARGARITA E. GENTILE, “La madre de todos los tigres”, 2007. <http://www.revista.pucp.edu.pe/arkeos/content/view/149/68>

rúneas de la presencia incaica), pero mucho más pequeñas y rústicas que las calchaquíes y, además, hubo allí un aillu Dyaguillas¹⁰⁴.

Fuera de los valles, en la puna de Jujuy, en 1938 se agregó Sorcuyo a los sitios con menhires citados por Boman¹⁰⁵; allí, en un recinto, a pocos metros del acantilado, se hallaron varios “monolitos cilíndricos”, dos de los cuales medían 1m de alto por 30 cm de diámetro, y al pie y dentro de dicho farallón, bajo los menhires, se hallaron varios entierros acompañados con mates y objetos de madera¹⁰⁶.

En los años '70, se encontraron menhires en otro asentamiento en la puna de Jujuy, a orillas del río Rachaite o Doncellas¹⁰⁷; después de Rinconada, Doncellas fue el sitio de mayor concentración de los mismos. En este lugar estuvieron ubicados en el centro de círculos de piedras, alineados con relación al usno y frente a andenes de cultivo, donde se halló alfarería pacaje en superficie. A partir de la conquista española, estas piedras se incorporaron a las paredes de los recintos, que se ven en superficie¹⁰⁸. En Doncellas también se encontraron en excavación dos estelas¹⁰⁹, una de ellas con líneas curvas paralelas pintadas en rojo sobre una de sus caras y apoyada sobre trozos de menhires¹¹⁰; cronológicamente, parece que son posteriores a los menhires; notemos que tanto estelas cuanto menhires son piedras paradas que recibían ofrendas, tal como las encontramos en la misma región junto a las casas actuales¹¹¹.

¹⁰⁴ DICK E. IBARRA GRASSO, *El monolito pre-tiahuanacota de Quillacollo. Homenaje a Fernando Márquez Miranda*, Madrid, 1964; NATHAN WACHTEL, “Les mitimas de la vallée de Cochabamba. La politique de colonisation de Huayna Capac”, en *Journal de la Société des Américanistes* LXVII, París, 1980-1981; DICK E. IBARRA GRASSO, “Urnas funerarias de la cultura Calchaquí-Santamariana encontradas en Cochabamba, Bolivia”, en *Jornadas Internacionales de Arqueología y Etnografía*, número 2, Buenos Aires, 1960.

¹⁰⁵ EDUARDO CASANOVA, “Investigaciones arqueológicas en Sorcuyo, Puna de Jujuy”, en *Anales del Museo Argentino de Ciencias Naturales* XXXIX, 1938, lám. VI, fig. 1.

¹⁰⁶ CASANOVA decía “osario”, más acorde con su forma de excavar.

¹⁰⁷ MARTHA OTTONELLO, “Instalación, economía y cambio cultural en el sitio tardío de Agua Caliente de Rachaite”, en *Publicación N° 1*, Dirección de Antropología e Historia, Jujuy, 1973, p. 61; LIDIA C. ALFARO DE LANZONE, *Excavación en la cuenca del río Doncellas. Reconstrucción de una cultura olvidada en la puna jujeña*, Jujuy, Departamento de Antropología y Folklore, 1988, pp. 31 y 33; MARGARITA E. GENTILE, ob. cit., 2002.

¹⁰⁸ MARGARITA E. GENTILE, ob. cit., 2002.

¹⁰⁹ Piedras con forma de paralelepípedos, no de sección oval o circular, como los menhires.

¹¹⁰ LIDIA C. ALFARO DE LANZONE y JUAN M. SUETTA, *Excavaciones en la cuenca del río Doncellas. Antiquitas XXII-XXIII*, Buenos Aires, Universidad del Salvador, 1976.

¹¹¹ MARGARITA E. GENTILE, ob. cit., 2002.

No obstante, las opiniones acerca de los “menhires” o “piedras paradas” no fueron más allá de tecnicismos como que las de Alamito tenían “un carácter fundamentalmente ceremonial” o “la evidente carencia de función práctica de las estelas”¹¹², sin que su figuración femenina ni su asociación, extraordinaria, con restos humanos en un basural mereciera algún análisis; también se repitió que tenían “algún significado ceremonial”¹¹³ los menhires excavados en la puna de Jujuy, los cuales tanto podían ser “un complemento arquitectónico de valor estético” o un “monumento conmemorativo”¹¹⁴.

CONSIDERACIONES FINALES

Conociendo las alternativas de la conquista incaica del área andina argentina con guerreros pacajes, el relato del hallazgo del ídolo del “Dios de las comidas” cerca de Ilave es un dato complementario que nos permite volver sobre el tema de la presencia altiplánica en el territorio que luego se llamó gobernación de Tucumán. La misma fue propuesta como característica del Período Medio, concretada a través de la cultura La Aguada, epígono de Tiwanaku¹¹⁵. No obstante, no encontramos en la iconografía La Aguada representaciones de una divinidad bifronte protectora de chacras y reservorios de agua, aunque su alfarería se encontró hasta en el valle Calchaquí¹¹⁶.

En otro orden, de los muchos monolitos hallados hasta ahora más allá de las orillas de la laguna de Chucuito, ninguno de ellos es bifronte; esa forma de representación materializada en roca fue, entonces, una característica propia de los habitantes de la región lacustre, ya que, en el área andina argentina, los monolitos se hallaron asociados a alfarería Santa María y Belén que, junto con algunas urnas de estilo San José, son los estilos alfareros cuyas urnas funerarias son bifrontes¹¹⁷; como ya dijimos, fragmentos de pequeñas y toscas urnas

¹¹² NÚÑEZ REGUEIRO, ob. cit., 1998.

¹¹³ PEDRO KRAPOVICKAS, “Arqueología de la Puna argentina”, en *Anales de Arqueología y Etnología* XIV-XV, 1958-1959, p. 101.

¹¹⁴ ALFARO, ob. cit., 1988, p. 71.

¹¹⁵ ALBERTO R. GONZÁLEZ, *Arte precolombino de la Argentina*, Buenos Aires, Filmediciones Valero, 1977; GONZÁLEZ Y MONTES, ob. cit., p. 283.

¹¹⁶ RODOLFO A. RAFFINO, G. RAVIÑA, L. A. IÁCONA, D. E. OLIVERA y A. M. ALBORNOZ, “La expansión septentrional de la cultura La Aguada en el NOA”, en *Cuadernos INA* 9, Buenos Aires, 1979-1982.

¹¹⁷ ODILLA BREGANTE, “Ensayo de clasificación de la cerámica del noroeste argentino”, Buenos Aires, Ángel Estrada y Cía., 1926.

Santa María fueron halladas donde vivieron los mitmacuna transterrados, en Cochabamba¹¹⁸. Es decir que los usuarios de dichos tipos alfareros, cuyas urnas funerarias eran bifrontes, probablemente compartieran con los collas –si es que ellos mismos no lo eran– la creencia en un “Dios de las comidas”, representándolo cada cual a su modo, incluyendo figuras realistas o metáforas gráficas, según los iconos de cada grupo.

En cuanto al tipo de ofrendas, por lo menos en un caso se excavó un montículo rematado en una pequeña huanca, que contenía una urna santamariana con una capacocha; el personaje pintado sobre la alfarería vestía un uncu cuadrulado, cronológica y morfológicamente relacionado con Huayna Capac, el inca que transterró mitmacuna agricultores de maíz al valle luego llamado de Calchaquí¹¹⁹. Y en el caso de las urnas huaqueadas, es decir, de la mayoría de ellas, también sus saqueadores decían que contenían huesos humanos en su interior.

Cada grupo familiar eligió diferenciarse icónicamente de otros aillu, especialmente si todos ellos fueron, como parece demostrarlo la evidencia reunida, transterrados durante la conquista y colonización incaica, es decir, por lo menos en tiempos de Topa Inca Yupanqui y Huayna Capac¹²⁰. Estos serían los casos de los monolitos del valle de Tafi y Anconquija, en correspondencia también con la cantidad de apachetas halladas en sitios junto al Capac Ñan, que unía las tierras bajas del este con el valle de Yocavil; esta acumulación de materiales de construcción podría haber comenzado en tiempos de Topa Inca Yupanqui pero, sin duda, data de la época de Huayna Capac¹²¹.

Aún en la variedad de talleres y materias primas, los elementos pictóricos representados en monolitos y urnas son mayoritariamente rostros humanos, sapos, culebras, suris o sus metáforas gráficas –cruces y líneas quebradas–, es

¹¹⁸ GONZÁLEZ Y NÚÑEZ REGUEIRO, ob. cit., 1960; PAULOTTI, ob. cit., 1958-1959; ídem, ob. cit., 1967; IBARRA GRASSO, ob. cit., 1960; ídem, ob. cit., 1964.

¹¹⁹ TARTUSI Y NÚÑEZ REGUEIRO, ob. cit., 1993; MARGARITA E. GENTILE, 1996.

Calchaq: cultivador de maíz.

¹²⁰ Hubo mitmacuna transterrados a la actual provincia de Mendoza en tiempos del gobierno de Pachacutec, apodados huarpes.

MARGARITA E. GENTILE, “Hulti, acerca del uso de cierta alfarería Tiwanaku expansivo”, en *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología n. s. XVI*, Buenos Aires, 1984-1985: ídem, “Cuyo Suyu y Cuyo Marca”, en *Revista de Estudios Regionales* 10, Mendoza, 1992.

¹²¹ MARGARITA E. GENTILE, ob. cit., 1996, Cuadro 1; ídem, 2004, ob. cit., 2004.

decir que el agua fue la preocupación mayor de estos agricultores que dependían de la lluvia antes que de complejos sistemas de canalización.

En otras palabras, la cronología de los menhires correspondería al Período Incaico en el área andina argentina; en cuanto a su antigüedad en los Andes, el poste tallado de Playa Grande¹²² ubica este culto alrededor del 600 d.C., de donde se puede decir, en principio, que se trataría de un conocimiento astronómico que se trasladó de la costa a la sierra, pero sin olvidar la función sociopolítica de dichos postes, representando al ancestro fundador del aillu¹²³; vale decir, alianzas entre habitantes de pisos ecológicos complementarios, con tecnología agropecuaria como contraprestación más visible, y representadas por el ancestro.

El intenso huaqueo de los valles del NOA dejó pocos monolitos a los que se les puedan adjudicar una función astronómica, pero entre ellos están los de Doncellas, alineados con el usno del sitio arqueológico homónimo y ubicados en medio de círculos de piedras, en la pampa frente a los cuadros y terrazas de cultivo¹²⁴; respecto de los de Tafi, las descripciones de Ambrosetti y Bruch permiten suponer también dicha función.

En relación con el nombre del cerro donde fue hallado el “Dios de las comidas”, en los casos que fue posible determinarlo, encontramos que se trata de topónimos similares que corresponden a lugares de habitación o chacras, aún pequeños oasis, pero siempre fértiles y aprovechados; en otras palabras, Tucumán indica esa cualidad de territorio feraz.

Como dijimos antes, en el área andina argentina no se conocen hasta hoy monolitos bifrontes pero, en el sitio incaico La Paya del valle Calchaquí, Ambrosetti halló un ídolo de madera que tenía esa característica acompañado de elementos incaicos¹²⁵.

Volviendo a las urnas Santa María —en sí un personaje bifronte—, los entierros de niños dentro de ellas fueron, en casi su totalidad, huaqueados, y no sabemos si se trató de capachochas para sellar una alianza, por ejemplo¹²⁶,

¹²² En el lenguaje de las artes visuales, excepto la alfarería mochica y nasca, las representaciones costefías suelen ser abstractas o muy estilizadas.

¹²³ Como se puede ver en la alfarería moche, sobre todo en la de Loma Negra, con escenas de ofrendas a personajes representados en postes.

¹²⁴ MARGARITA E. GENTILE, ob. cit., 2002.

¹²⁵ JUAN B. AMBROSETTI, “Exploraciones arqueológicas en la ciudad prehistórica de La Paya (valle Calchaquí, provincia de Salta)”, en *Revista de la Universidad de Buenos Aires*, tomo VIII, 1907, p. 149.

¹²⁶ MARGARITA E. GENTILE, ob. cit., 1996.

o de ofrendas humanas¹²⁷ destinadas al Rayo (divinidad de los diaguitas) o a Pachamama¹²⁸.

Como estilo alfarero, el Santa María parece que tuvo dos momentos: el más antiguo, tricolor (negro-rojo sobre blanco), y el contemporáneo con incas, bicolor (negro sobre rojo)¹²⁹; la bifrontalidad no fue un tema interesante, ni siquiera para Weber, quien hizo un análisis estructural¹³⁰; por su parte, según González, la “dualidad de oposición binaria como expresión de otros conceptos” no precisados era la de los rostros opuestos, por ejemplo uno con ojos abiertos y otro con ojos cerrados¹³¹.

En cuanto a las comidas protegidas por el dios bifronte, si bien el maíz, las papas y el ají fueron básicos en la alimentación prehispánica, parece que el primero de ellos tuvo mayor frecuencia en las representaciones; ejemplos de la costa peruana son los ídolos de madera que se decía que estaban ubicados alrededor del santuario de Pachacamac, personajes bifrontes entre choclos y peces.

Respecto del antropónimo, vimos que en algún caso todavía era posible saber quién había sido el ancestro o fundador del aillu, por ejemplo, Yamoc Zuyra y Armicu. Pero no quedó ese tipo de registro en el relato del evangelizador García Cuadrado, porque dio cuenta de quien él entendió que era el “Dios de las comidas”, describiéndolo en los términos usuales para referirse

¹²⁷ Según Quiroga (ob. cit., 1897) y La Vaulx, las urnas santamarianas seguían un patrón de entierro circular; una de ellas al medio y otras cinco, por lo menos, alrededor. El entierro de niños del yacimiento del río Doncellas sigue un patrón similar; las urnas son antropomorfas, pero no bifrontes.

HENRI DE LA VAULX, “Excursion dans les Vallées Calchaquies (Province de Tucuman). Poteries indigènes”, en *Journal de la Société des Américanistes* III, París, 1901.

¹²⁸ MARGARITA E. GENTILE, “Entre el derecho andino y el derecho español: la sucesión en el cacicazgo de los indios quilme reducidos en Buenos Aires”, en *Revista de Historia del Derecho* 25, 1997; MARGARITA E. GENTILE, ob. cit., 2002.

¹²⁹ FERNANDO MÁRQUEZ MIRANDA y EDUARDO CIGLIANO, “Ensayo de una clasificación tipológica cronológica de la cerámica santamariana”, en *Notas del Museo de La Plata* XIX (68), 1957; GONZÁLEZ, ob. cit., 1977.

¹³⁰ HÉCTOR B. LAHITTE, B. YAKER, G. SAIZ y J. PENNINGTON, *Arte y arqueología: el análisis documental sobre piezas de la cultura santamariana*, Olavaria, Museo Etnográfico Municipal “Dámaso Arce” e Instituto de Investigaciones Antropológicas, 1970; R. L. WEBER, “A seriation of the late prehistoric Santa Maria culture of Northwestern Argentina”, en *Fieldiana Anthropology* 68 (2), 1978; R. L. WEBER, *An analysis of Santa Maria urn painting and its cultural implications*, Fieldiana Anthropology, New Series 2, 1981.

¹³¹ ALBERTO R. GONZÁLEZ, *Arte, estructura y arqueología. Análisis de figuras duales y anatómicas del Noroeste argentino*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1974, p. 48.

a cualquier divinidad grecolatina, con lo que esperaba ser comprendido por el obispo y por Arriaga.

Tucumu y las voces similares son nombres de lugar, pero no parecen corresponder a ninguna de las dos lenguas mayoritarias en los Andes, aunque el topónimo esté ampliamente disperso en los Andes para señalar terrenos feraces; las evidencias que reunimos hasta ahora indican una posible relación con la lengua tupí que, si así fuera, tendría consecuencias sociopolíticas en cuanto al alcance de las relaciones de reciprocidad e intercambio, además del acceso a pisos ecológicos distantes, asuntos que no podemos desarrollar ahora, pero que en el caso de lupacas y pacajes ya se encuentra establecido; es decir, ambos grupos tenían colonias fuera del núcleo altiplánico.

El estudio profundo del origen y etimología del topónimo es tarea de especialistas en lenguas indígenas prehispánicas y coloniales, si bien la etnohistoria permitió esta aproximación.

Figura 1

A- Monolito de Quillacollo, según IBARRA GRASSO, ob. cit., 1964. Lápiz de Susana Albarello.

B- El Mollar. Menhir con un rostro y líneas curvas grabadas; alto 3,11m. Según GONZÁLEZ y NÚÑEZ REGUEIRO, ob. cit., 1960. Dibujo de Marcela Minkévich (Artes Visuales, Instituto Universitario Nacional del Arte).



Figura 2

A- Urna de alfarería estilo Santa María, procedente de Angastaco, valle Calchaquí; alto 60 cm. Colección Uhle, Berlin, 450 Vc.1295. Según BREGANTE, ob. cit., 1926, figura 29, en el uncu, el personaje tiene pintadas dos hileras de sapos con cruces en el lomo; se ven sus ojos con líneas ondulantes que bajan de ellos, y a ambos lados hay figuras de suri ("Rhea"). Los brazos y las manos son líneas muy finas que rodean a la vasija a la altura del punto de inflexión de la pieza.

B- Urna de alfarería de estilo Santa María Tricolor. Bajo los ojos y en el cuerpo del personaje hay representaciones de ofidios en colores negro y rojo sobre fondo blanco. Procede de Fuerte Quemado, valle de Yocavil, provincia de Catamarca. Altura: 54 cm. Colección del Museo de La Plata. Según BRUCH, ob. cit., 1911, figura 95.

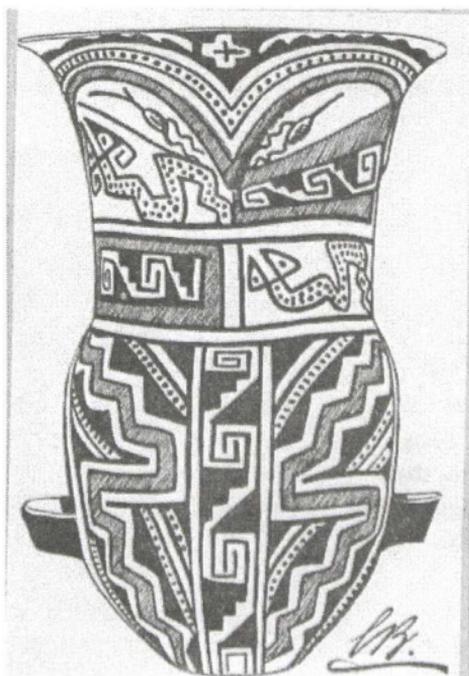
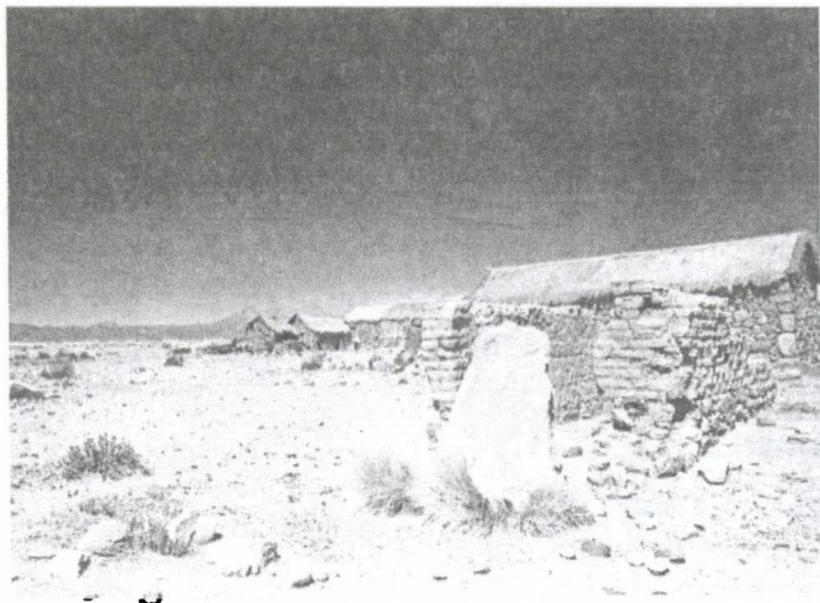
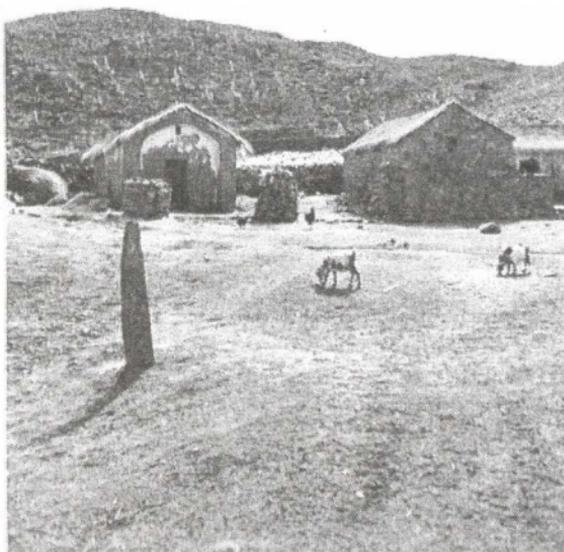
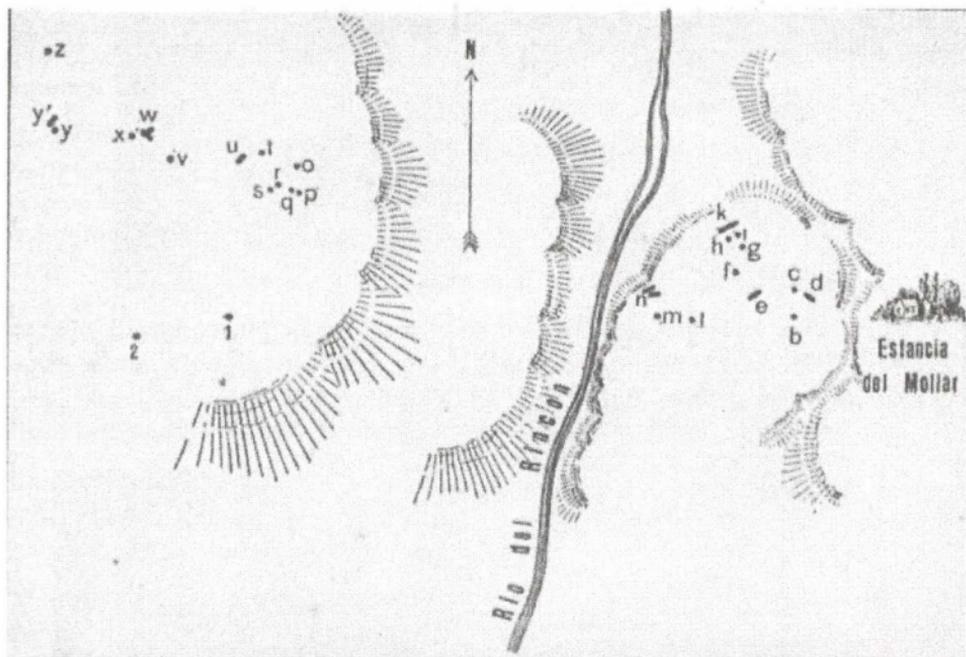


Figura 3

A- Rodeo Agua Caliente, puna de Jujuy. Monolito de roca sin desbastar, en el patio de una casa. Foto Hugo A. Pérez Campos. 1986.



B- Rodeo Doncellas, puna de Jujuy. Monolito de roca negra frente a un oratorio privado. Foto Hugo A. Pérez Campos. 1986.

Figura 4

Relevamiento topográfico de los menhires del Mollar, según BRUCH, ob. cit., 1911, figura 3.

Figura 5

A- Vista desde la Huaca de Cao, de la pampa entre las Huaca Prieta y Huaca Blanca; al fondo, el océano Pacífico y la Huaca Prieta; a la izquierda, el pequeño valle con chacras. Foto Hugo A. Pérez Campos.



B- El valle de Túcume, desde la cima de la Huaca Larga. Foto de Hugo A. Pérez Campos, 2002.